

D. Tim.—Es verdad; soy un autómeta.

Da. Ser.—Pues Don Antonio es diestrísimo.  
(mo.)

D. Ant.—No tal.

Clara.— ¡Oh, pueblo magnánimo,

Tu grandeza acabó ya,  
Tus hijos, cual siervos tímidos,  
Inclinan la frente lánguida,  
Bajo de un yugo despótico:  
¿Y Leónidas dónde está?  
En el sepulcro.

Leo.— Mis lágrimas

Corren! ¡oh joven bellísima!  
Pasaron como relámpago  
Los placeres de tu amor.  
Contra el destino tiránico,  
Lucha en vano el hombre misero,  
La tumba es el puerto único  
Donde se acaba el dolor:  
Bajo su losa benéfica  
Se goza un sueño pacífico;  
La muerte es el solo bálsamo  
Contra tanto padecer.  
Ven, muerte, tu aspecto pálido  
Llena mi pecho de júbilo:  
Adiós, contentos efímeros,  
Adiós, sueños de placer.

Clara.—Europa, Europa, levántate,  
Socorre á Grecia, apresúrate;  
En todo el mundo respétese  
La libertad y la ley.  
La negra sangre derrámese,

De guerra el estruendo horrisono  
Se alce, y por dío quiera escúchese  
El grito de....

D. Tim.— Jaque al rey.

Clara.—Sí, sí, que resuene el cántico  
De libertad.

María.— ¡Qué diabólico  
Está este sombrero!

Leo.— Víctimas

Produce sólo el amor.  
Eres un sueño fantástico,  
Felicidad:

Clara.— ¡Troncos góticos  
De Europa, tocáis al término!

María.—Este traje está mejor.

#### ESCENA VIII

Dichos, DON CARLOS.

D. Carlos.—Repito que no hay en México  
Ilustración; son muy bárbaros;  
Todo aquí es malo, más malo,  
"Epouvantable:" ¡qué horror!

María.—Carlitos....

D. Carlos.— ¡Estoy frenético!

¡Estoy rabiando de cólera!

¡Una mancha? ¡Santa Bárbara!

¡Una mancha!

Leo.— ¡En el honor?

D. Carlos.—Mejor fuera; ¡oh calles pésimas!

- En mi pantalón finísimo  
Cortado en París... ¡Qué pérdida!  
Qué pérdida, ¡santo Dios!  
¡Oh, mexicanos estólidos!
- María.—Pues es usted muy político:  
Deje usted el tono trágico,  
Y diga lo que pasó.
- D. Carlos.—No se enfade usted, María;  
Voy á contar el suceso,  
Y verá usted si hay justicia  
Para quejarme.
- María.— Acabemos.
- D. Tim.—Jaque mate, amigo mío;  
He ganado á usted el juego.
- D. Ant.—Es verdad.
- D. Tim.— ¡Hola! Serapia,  
Te has dormido al mejor tiempo.
- Da. Ser.—No me duermo, si ya he visto  
Que te enrocaste.
- D. Tim.— ¡Muy bueno!  
Pues estás adelantada.  
¿Y sales ahora con esto?  
Si he ganado la partida.
- Da. Ser.—¡Ah! ¿la ganaste? me alegro.  
¿Aquí está usted, Don Carlitos?  
Dió usted la vuelta muy presto.
- D. Carlos.—Sí, señora, á pesar mío.
- María.—¿En qué quedamos del cuento?
- D. Carlos.—No es cuento.
- María.— Pues será historia.
- D. Tim.—¿Historia? ¿de qué?
- Da. Ser.— Mi asiento

- Voy acercando; me gusta  
Oír historias; me acuerdo  
Que leí hace veinte años  
Los "Doce Pares." ¡Qué buenos  
Y qué valientes señores!  
Rajaban de medio á medio  
Las peñas y los gigantes,  
Como pedazos de queso!  
Y el bálsamo milagroso,  
¿No te acuerdas, Timoteo,  
Que curaba las heridas  
Como rasguños?
- D. Tim.— Dejemos  
Que nos refiera Carlitos  
Ésa historia ó ese cuento  
Que le ha pasado. Clarita,  
Leonor, dejen un momento  
La lectura.
- Leo.— Padrè mío,  
Tengo comprimido el pecho;  
En verdad que necesito  
De distracción.
- Clara.— Ya no puedo  
Seguir leyendo esta historia  
Sin llorar; ¡miseros Griegos!
- D. Tim.—¡Pues vaya! fuera los libros,  
Y á Carlitos escuchemos.
- D. Carlos.—Si no es cosa de importancia,  
Es un acontecimiento,  
Un "événement" sencillo,  
Aunque grande, si atende...  
A otra cosa.

- María.— ¡Qué cachaza!  
Dígame usted, y acabemos,  
Que tengo mi genio vivo.
- D. Carlos.—Como yo, ni más ni menos,  
¡Somos un "couple" dichoso!
- D. Tim.—¿Un couple?
- D. Carlos.— Un par.
- María.— Yo me quemó.
- D. Carlos.—Pues, señor, salí de casa...
- María.—Bien, eso ya lo sabemos.
- D. Carlos.—Ya estoy; pero es necesario  
Un "petit" exordio.
- María.— Bueno  
Siga usted; por Dios.
- D. Carlos.— Salía  
Ocupado en pensamientos  
Muy importantes: ¿qué cosa  
Piensan que en aquel momento  
Me ocupaba?
- Leo.— Algún romance.
- Clara.—O la historia de los griegos.
- Da. Ser.—O la de los Doce Pares.
- D. Carlos.—No, señores; nada de eso:  
Pensaba en que la otra noche  
Estuve en un baile, de estos  
Que aquí llaman del gran tono,  
Pues, de gran tono... por cierto  
Que fueran en Francia nada...  
En Francia, que es un portento  
En este ramo, no hay duda,  
La Francia que es nada menos  
La nación más bailadora

- Que existe en el universo;  
Pues si la Italia ha logrado  
Tener el lugar primero  
En talentos de garganta...
- D. Ant.—¡Ya escampa!
- D. Carlos.— El francés ligero,  
Es en el baile un prodigio,  
¡Qué piruetas! ¡qué meneos!  
¡Qué elegancia en las posturas!  
¡Qué gusto en los movimientos!
- María.—Pero en fin, ¿en qué quedamos  
De la historia?
- D. Carlos.— No me acuerdo:  
Como tengo tantas cosas  
En mi cabeza, no puedo  
Retenerlas todas: creo  
Que hablaba á ustedes del baile  
De la otra noche, ¿no es cierto?
- Da. Ser.—Sí, señor.
- D. Carlos.— Pues como digo,  
Ocupaba yo mi asiento  
Junto á cierta marquesita  
Que tendrá cuando menos,  
Su medio siglo.
- Da. Ser.— No es mucho.
- Clara.—Si tenía algún talento,  
Si alguna instrucción, ¿qué importa  
Esa edad?
- D. Carlos.— Pues yo prefiero  
La juventud y las gracias  
Perdone usted si la ofendo  
Por no ser del mismo avis

María.—Vaya, Carlitos, ya veo que  
 Que en tres días no llegamos  
 Al desenlace.  
 D. Carlos.—Lleguemos.  
 S'il vous plaît. Como decía,  
 Estaba yo muy contento  
 Mirando á mi marquésita,  
 Qué sus descarnados huesos  
 Ocultaba entre brillantes,  
 Cuando de repente advierto  
 Una agitación muy grande  
 Y unos gritos descompuestos  
 Que clamaban: La Mazurca,  
 La Mazurca; y en efecto,  
 Se bailó la tal Mazurca;  
 Pero qué Mazurca, ¡cielos!  
 ¡Horrendo mazurquicidio!  
 Ya no pude más, y lleno  
 De rabia, dije: Señores,  
 Notes el baile verdadero  
 De la Mazurca, el que ahora  
 Ejecutáis. Ya sabemos,  
 Me dijo un elegantillo,  
 Que hay diferencias; más presto  
 La legítima Mazurca  
 Nos vendrá; pues al efecto  
 Un comisionado ha ido  
 A la Habana. ¡Bueno, bueno!  
 Le respondí, y al instante  
 Me salió de allí riendo.  
 María.—; Pero quiere usted decirme  
 Qué tiene que ver con eso  
 El lance de hoy?

D. Carlos.—; Mariquita,  
 Espere usted un momento,  
 Que no soy "foudre."  
 D. Tim.—; Qué cosa?  
 D. Carlos.—Que no soy rayo.  
 D. Tim.—; Comprendo,  
 Siga usted.  
 D. Carlos.—; Cuando salía  
 Hoy de aquí, mi pensamiento  
 Estaba todo ocupado  
 De tan importante objeto,  
 Iba recordando el aire  
 De la música, y en esto  
 Sentí un empujón horrible  
 Por detrás: el rostro vuelvo,  
 Y ví á un aguador maldito  
 Que me dice muy grosero:  
 Quítese, Don Alfenique,  
 No estorbe con sus menoscas  
 El camino á los que pasan.  
 Entonces de rabia lleno  
 Quise castigarle: en vano;  
 Porque de cólera ciego,  
 No ví la losa de un cañón  
 Que estaba floja, y cediendo  
 Al peso, se hundió, llenando  
 De lodo mi pie derecho.  
 Y no fué poca fortuna  
 El no caer; ¡contratiempo  
 Fatal, que así me ha privado  
 Del pantalón más bien hecho  
 Que se haya visto en Europa.

- María.—¿Y éste era todo el suceso?
- D. Carlos.—¿Y le parece á usted poco?  
No es su valor el que siento;  
Mas no sabe usted, hermosa,  
Cuántos gloriosos recuerdos  
Este pantalón tenía  
Para mí; pues á él le debo  
Muchas conquistas.
- D. Ant.—No he visto  
Hombre más fatuo.
- D. Carlos.—¿Y no tengo  
Razones para quejarme  
De este país?
- Da. Ser.—Por supuesto.
- D. Carlos.—No hay policía, no hay nada;  
El más desdichado pueblo  
De Francia es mucho mejor  
Que esta ciudad: si á lo menos  
Fueran las gentes tratables!
- María.—Gracias por el cumplimento.
- D. Carlos.—Mariquita, yo exceptuo  
Esta casa, donde encuentro  
Ilustración y finura,  
Sensibilidad, talento;  
Pero yo hablo en general:  
Aquí hay en el bello sexo  
Algunas caras hermosas;  
Pero sin gracia. No puedo  
Dejar de contar á ustedes  
Un lance que ha poco tiempo  
Me pasó con una joven.
- Da. Ser.—¡Qué Carlitos! es un fuego,

Como tú cuando tenías  
Su misma edad, Timoteo.

ESCENA IX

Dichos DON JUAN

- D. Carlos.—Vamos, aquí está Juanito:  
Llega "á propos:" un asiento  
Toma, y escúchame atento;  
Es un lance muy bonito.
- D. Juan.—Siempre estás hablando.
- D. Carlos.— Si,  
No lo puedo remediar;  
Vaya! siéntate á escuchar.
- Leo.—Venga usted, Juanito, aquí.
- D. Juan.—Mil gracias.
- D. Carlos.— Como decía:  
Por la gran plaza marchaba  
La otra noche, y me entregaba  
A dulce melancolía;  
Brillaba hermosa la luna  
Como una bola "argentée."
- D. Tim.—¿Qué es lo que usted dice?  
(¿qué?)  
No entiendo palabra alguna  
De la tal lengua francesa;  
¡Qué jerigonza del diablo!
- D. Carlos.—Pues, amigo, yo la hablo  
Con más gusto que la inglesa;  
Es más "coulante," más hermosa.
- D. Tim.—¿Más qué?

- D. Carlos.— Más fácil, más bella;  
Instruiré á usted algo de ella.
- D. Tim.— Mil gracias.
- María.— Por fin, ¿qué cosa  
Nos iba usted á decir?
- D. Carlos.— Es verdad, se me olvidaba;  
Por la gran plaza pasaba...
- María.— Ya eso está.
- D. Carlos.— Voy á "finir."  
De Catedral la banqueta  
De gente se fué llenando;  
Yo, con mi lente, pasando  
Una revista completa:  
Todos fijaban la vista  
En mi "frac" de última moda;  
Ví la concurrencia toda,  
"Et" hice más de una conquista:  
Cuál al pasar yo, decía:  
"¿Qué joven tan arrogante!"  
"Es un francés elegante,"  
La vecina respondía:  
"Mira, mira la cadena  
En que lleva el lente, hermana."  
Dijo otra...
- María.— ¿De aquí á mañana  
Acabará usted?
- D. Carlos.— Sirena,  
No se enfade usted: preciso  
Es contar los pormenores;  
Pues, como digo, señores...
- D. Juan.— Hombre, sé por Dios, conciso,  
Que ya es mucha pesadez  
Ese continuo charlar.

- D. Carlos.— Al punto voy á acabar.
- D. Ant.— Saldrá con una sandez.
- D. Carlos.— En el paseo se hallaba  
Con su familia una hermosa,  
Tan fresca como una rosa:  
Yo enamorarla pensaba.  
Estaba de gracia llena,  
De blanco lino vestida,  
En mecerse entretenida  
Sobre una dura cadena;  
Ha poco la conocía,  
Y á saludarla llegué;  
A su lado me fijé;  
Dispuse mi batería,  
Y en un discurso elegante,  
Y como mi pecho ardiente,  
Le hice mi pasión patente,  
Declarándome su amante:  
Por más de un cuarto de hora  
Escucharme parecía;  
Fijos sus ojos tenía  
En la luna brilladora:  
Yo su respuesta esperaba,  
O una lágrima siquiera,  
Que venturoso me hiciera,  
Y rendido la miraba.  
Pero su meditación  
Por nada se interrumpía,  
Y le dije: Amada mía,  
¿Cuál es tu resolución?  
¿Seré por fin venturoso?  
¿Debo bendecir al hado?

¿O estaré al fin condenado  
 A no encontrar el reposo?  
 Deja de mirar la luna;  
 Vuelve á mi tus ojos bellos,  
 Que encuentre Carlos en ellos  
 Su placer y su fortuna;  
 Paga mi constante afán.  
 Ella entonces me miró:  
 ¿Tres eclipses, preguntó,  
 Pone en este año Galván?  
 ¡Oh, alma frígida, exclamé  
 Entre mí, cómo es posible!  
 ¡Tan bella y tan insensible,  
 Tan tonta! yerto quedé.

D. Tim.—Le hablaría usted en francés  
 Y por eso no entendió.

D. Carlos.—No, Don Timoteo, no;  
 Le hablé en castellano.

D. Tim.—Pues!  
 Pero será castellano  
 Mezclado de esos "méchants,"  
 Y esos "foudres" y "coulants,"  
 Y siempre se quedó á mano.

D. Carlos.—No, señor, era el idioma  
 Que hablamos todos aquí:  
 Yo de pronto presumí  
 Que le gustaba la broma,  
 O que el romántico hablar  
 Al clásico prefería,  
 Y le dije: Amada mía,  
 No me es posible explicar  
 Este volcán, esta hoguera

Que siento en mi seno amante:  
 Mi corazón palpitante  
 Salir del pecho quisiera.  
 Muy temprano esta mañana  
 Por aliviar mi tormento,  
 Para mirarte un momento  
 Fuí al frente de tu ventana;  
 Mas se engañó mi desco;  
 La puerta estaba cerrada,  
 Tú aún estabas entregada  
 En los brazos de Morfeo.  
 Poco á poco, interrumpió,  
 Poco á poco, caballero,  
 Ya usted pasa de grosero,  
 ¿Y he de sufrir esto yo?  
 ¿Yo dormir con Don Morfeo?  
 ¿Yo en sus brazos entregada?  
 No, señor, soy muy honrada,  
 Y no dar motivo creo  
 Para que traten así  
 De ajar mi reputación.  
 No conosco al picarón  
 Que usted me ha mentado aquí:  
 Sí, señor, yo soy doncella,  
 Y muy bien lo saben todos,  
 Deje usted, pues, esos modos  
 De hablar. Basta, basta, bella,  
 Le dije, y sin esperar  
 Me retiré muy de prisa,  
 Pudiendo apenas la risa  
 En las calles sujetar.

Da. Ser.—¡Qué Carlitos tan gracioso!

Se conoce luego, luego,  
 Que ha estado en toda la Europa,  
 Y en París; ¿ves, Timoteo,  
 Lo que aprovechan los viajes;  
 Y no que ni hablar salamos,  
 Ni contar cuentos graciosos  
 Los criollos, que jamás vemos  
 El mundo? No, yo te juro  
 Que si me quisiera el cielo  
 Dar otro niño. . . .

- D. Ant.— Es difícil.  
 Da. Ser.— Ya; pero hablo suponiendo;  
 Aunque mire usted: al cura  
 Del Sagrario ha poco tiempo,  
 Le oí hablar de una señora  
 De la Biblia, no me acuerdo  
 Si dijo que se llamaba  
 Clara, ó Lara; mas el cuento  
 Fué que parió uno, muy grande.  
 Clara.—Fué, Sara, mamá.  
 Da. Ser.— Yo tengo  
 Mala memoria, pues, ahora,  
 Que cuando chica, en un credo  
 Como quien dice, aprendía  
 Cualquier cosa: por ejemplo  
 Nada más que en quince días  
 Aprendí los Mandamientos;  
 En dieciocho los Artículos,  
 Y á los dos años y medio,  
 Ya sabía el Catecismo  
 De Ripalda todo enteros  
 Sin contar con que bordaba.

- Cosía en blanco; un puchero  
 Compañía, como dicen,  
 Que se chupaban los dedos.  
 D. Tim.—Y bailabas, hija mía,  
 El "Mambrun," que era un contento.  
 Da. Ser.—Y cantaba seguidillas,  
 Muy bonitas.  
 D. Tim.— Bien me acuerdo.  
 Da. Ser.—Cuando tú me echabas ojos,  
 Picarón.  
 D. Tim.— Si, sí, ¿qué tiempos!  
 María.—Pero, ¿mamá, ¿en qué ha quedado  
 Lo del niño?  
 Da. Ser.— Ah! sí, pues bueno:  
 Como decía, si acaso  
 Tuviera otro hijo, á un colegio  
 De Europa, ó si no de España,  
 Lo mandaba en el momento  
 Que estuviera mancebito,  
 Aunque también y recelo  
 Por otra parte, que allá  
 Lo hicieran hereje.  
 D. Ant.— Bueno!  
 ¿Conqué todos los de Europa  
 Son herejes?  
 Da. Ser.— Yo no veo  
 Que oigan misa, sobre todo  
 Los angulos  
 D. Carlos.— (¿Qué talento  
 Tiene la buena señora!)  
 Clara.—Los anglos, mamá: (¿me quemo  
 De oír hablar á mi madre



- Entre genies, me avergüenzo  
 ¡Válgame Dios! ¿de qué modo  
 Cortara yo en el momento  
 La conversación?) Señores,  
 Vamos un rato á paseo  
 Al jardín.
- D. Carlos.— Bravo. Clarita!  
 Después de "la table" es bueno  
 Pasear.
- D. Tim.— ¿Después de qué cosa?
- D. Carlos.— De la mesa.
- Leo.— Sí, yo encuentro  
 La dulce melancolía  
 En las flores y en el viento —  
 Embalsamado que corre  
 En el campo.
- María.— Bueno, bueno;  
 Vamos al jardín, y sirve  
 De hacer un ramito nuevo  
 Para mi peinado.
- D. Carlos.— Hermosa,  
 Yo soy quien me encargo de eso:  
 Le haré á usted el más hermoso  
 "Bouquet."
- D. Tim.— Bu.... ¿qué?
- D. Carlos.— Ramillete (viejo)  
 Más preguntón y más tonto!  
 Siempre me sale al encuentro.)  
 "Andiamo, andiamo."
- D. Tim.— Sí, vayan;  
 Yo con Juanito me quedo  
 A tratar de cierto asunto.

- Y usted, Don Antonio, espero  
 Que se quede con nosotros,  
 Pues estimo sus consejos.
- D. Ant.— Como usted guste.
- D. Carlos.— Pues, vamos.
- Da. Ser.— Vamos, vamos á paseo,  
 Que empleo á sentir el cólico  
 Y el ejercicio es muy bueno.
- (Vansé.)

## ESCENA X

DON TIMOTEO, DON ANTONIO, DON JUAN

- D. Tim.— Por fin, Juanito, ha llegado  
 El venturoso momento  
 De darte el nombre de hijo,  
 Que con tanto ardor deseo.  
 Habla sin rubor, declara  
 Sin disfraz tu pensamiento:  
 ¿Cuál de mis hijas te agrada?  
 Dimelo, Juanito, luego.  
 Don Antonio es un amigo  
 De confianza, y los secretos  
 De mi casa le confío  
 Sin reserva alguna.
- D. Juan.— ¡Cielos!  
 Llegó el momento temido!
- D. Ant.— Sí, Don Juan, yo aprecio  
 A usted, y estoy pronto  
 A servirle, si no puedo

En cosas de más estima,  
 Si quiera con mis consejos.  
 Se halla usted, amigo mío,  
 En un crítico momento;  
 Piense usted bien lo que diga;  
 Piense usted que son eternos  
 Esos lazos; que es preciso  
 Hablar con franqueza.

D. Tim.— Cierta:

Habla sin rubor, querido.  
 ¿Cuál de mis hijas tu afecto  
 Ha ganado? dílo pronto:  
 Por el colmo á mi contento.

D. Juan.— Oh padre! si acaso el nombre  
 De padre, dar á usted puedo,  
 Cuando rehuso el beneficio  
 Que me propone; mas debo  
 Ser franco, y sufrir ahora  
 Su cólera y menosprecio,  
 O resignarme á pasar  
 Una vida de tormentos,  
 O á lo menos de fastidio,  
 Con una esposa de un genio  
 Distinto del genio mío.  
 Perdone usted si le ofendo;  
 Sabe el cielo cuánto estimo  
 Ese cariño: cuán lleno  
 Mi pecho de sus bondades,  
 Prueba el agradecimiento.  
 Toda mi vida no basta  
 Para pagar lo que debo  
 Al que me ama como padre;

Peró, señor, yo no puedo si se  
 Resolverme á ser perjuro.  
 ¿Pronunciaré el juramento  
 De amor eterno á una esposa,  
 Cuando en mi pecho no siento  
 Este amor? es imposible.

D. Tim.— ¡Imposible! ¿Cómo que debo  
 Renunciar á la esperanza  
 Que alimentaba mi pecho?  
 Mas, dime; ¿qué te disgusta  
 En mis hijas? ¿Qué defectos  
 Tienen que yo no he notado?  
 Yo las juzgaba un modelo  
 De perfección.

D. Ant.— Es preciso,  
 Amigo Don Timoteo,  
 Que escuche usted de mi boca  
 La verdad, aunque su acento  
 Le parezca duro; acaso  
 Todavía será tiempo  
 De corregir unos males,  
 Que si tomaran más cuerpo,  
 Incorregibles serían.  
 Lo he dicho á usted, y de nuevo  
 Lo repito. Usted adopta  
 Un gran error, suponiendo  
 En sus hijas cual virtudes,  
 Lo que sólo son defectos.  
 La falsa instrucción de Clara  
 De Mariquita ese genio  
 Ligero que no se fija  
 En cosa alguna;

De la sensibilidad  
 De Leonor, Don Timoteo,  
 Son faltas, y faltas graves,  
 A que usted debiera cuerdo  
 Haber atajado el curso;  
 Un hombre de juicio recto  
 Elegirá por esposa  
 Una mujer que cumpliendo  
 Su deber, cuide su casa;  
 Que cultive su talento  
 Con gusto; que si dedica  
 A la lectura algún tiempo,  
 No quiera pasar por sabia;  
 Que no esté siempre gimiendo  
 Por personajes ficticios;  
 Que no ocupe su cerebro  
 Solamente con las flores,  
 Los bailes y el coliseo:  
 Ser sin ficciones sensible;  
 Ser instruída, sin empeño  
 De parecer literata.  
 La compostura, el aseo,  
 Usar sin afectación,  
 Y vivir siempre cumpliendo  
 Las dulces obligaciones  
 De su estado y de su sexo:  
 He aquí una joven amable!  
 He aquí, amigo, en mi concepto,  
 Las virtudes de una esposa.  
 Usted sin duda está lleno  
 De bondad; su noble alma  
 Merece ser el objeto

De una constante ternura;  
 Pero escuche usted, le ruego  
 Los consejos de un amigo;  
 Corrija usted los defectos  
 De sus hijas, aún es dable.  
 Tienen un corazón recto,  
 Y escucharán de un buen padre  
 Los saludables preceptos:  
 Tal vez pronto corregidas.  
 Serán de todas modelo,  
 Y harán á usted venturoso,  
 Tanto cual merece serlo.  
 Vaya, enjague usted el llanto,  
 Que todo tendrá remedio:  
 Cuenta usted con un amigo.  
 D. Juan.—Y con un hijo; yo espero  
 Merecer tan dulce nombre  
 Por mi cariñoso esmero;  
 Joven soy; aún es posible  
 Que de otro viaje volviendo  
 Que voy á emprender ahora,  
 Pague á usted lo que le debo,  
 Halle en Leonor una esposa  
 Tal como yo la deseo;  
 Si acaso usted, padre mio,  
 Me juzgare digno de ello.  
 D. Ant.—Si, Don Juan, Leonor es joven  
 De buen corazón, yo espero  
 Que si nuestro buen amigo  
 No desprecia mis consejos,  
 Será muy pronto una esposa  
 Inimitable.

- D. Tim.— Comienzo  
A creer que usted, Don Antonio,  
Tiene razón.
- D. Ant.— ¡Bueno, bueno!  
Ya lo esperaba.
- D. Tim.— Juanito,  
A pesar del sentimiento  
Que tu conducta me causa,  
Tienes razón, lo confieso;  
Mas mi cariño es el mismo:  
Jamás olvidarme puedo  
De lo que debo a tu padre:  
Y todavía, lo espero,  
Te daré el nombre de hijo.
- D. Juan.— Sí, señor, yo lo deseo.
- D. Tim.— Vengan los dos a mis brazos,  
Que de esta manera quiero  
Manifiestar que aunque es dura  
La lección, yo la agradezco.

ESCENA ULTIMA

Dichos, DON CARLOS, Da. SERAPIA,  
LEONOR, MARIA, CLARA.

- D. Carlos.— ¡Bravo! ¡bravo! esto va bien;  
Ya tendremos desposorio;  
¿Cuándo es por fin el casorio?  
¿Quién es la dichosa, quién?  
¿Conque habrá "danse," fiesta;  
Vaya, qué gusto tendré,

- La Mazurca bailaré.  
¿Cuál es la "fiancée," por fin?  
Ya están danzando mis pies.
- Da. Ser.— ¿A quién eligió?  
D. Juan.— Señora...
- Todos.— ¿A quién, a quién?  
D. Ant.— Por ahora,  
A ninguna de las tres.

